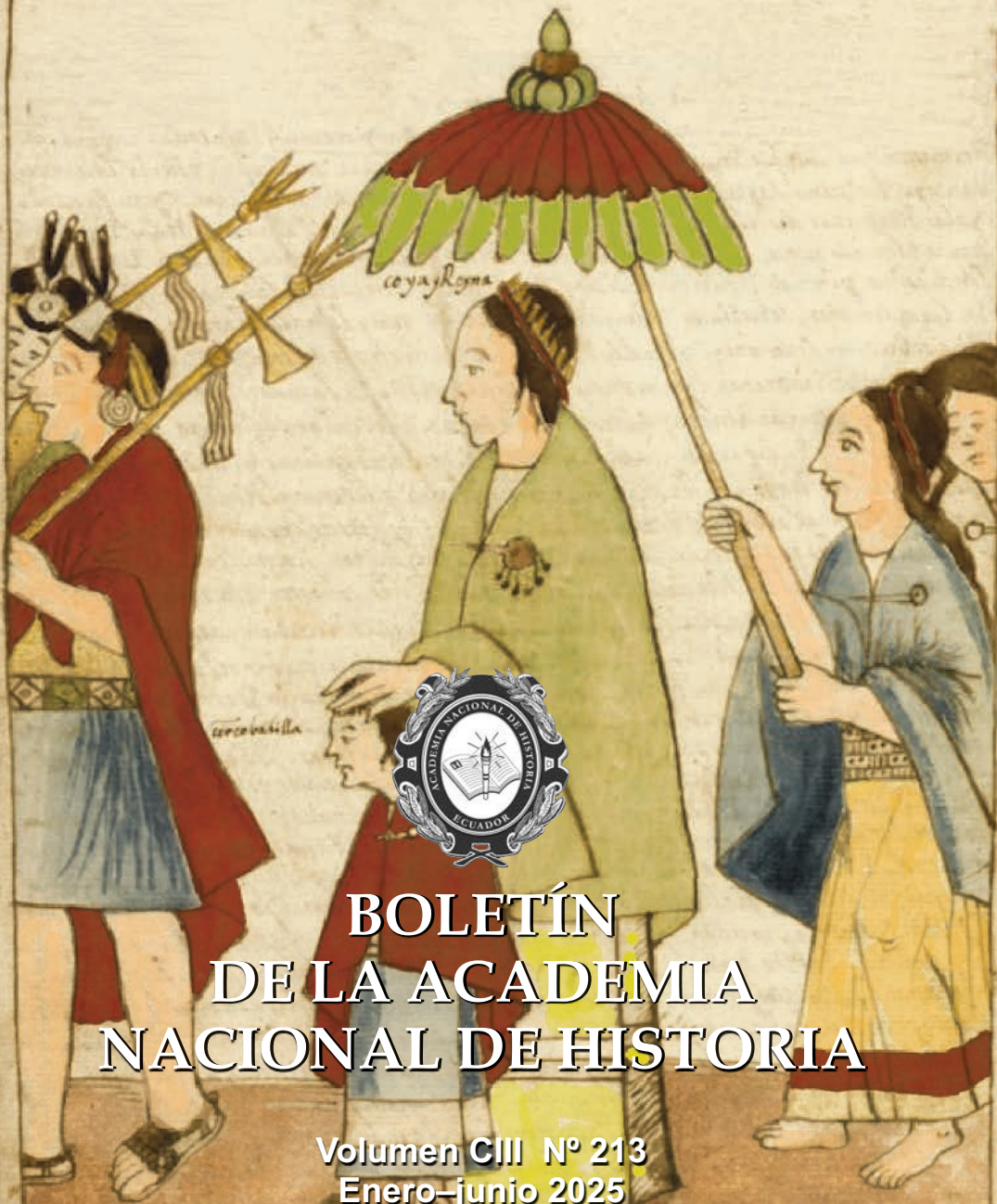


*Figura llanto mujer de guayaquil*



# BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Volumen CIII Nº 213  
Enero-junio 2025  
Quito-Ecuador



# **BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen CIII  
N° 213**

**Enero–junio 2025  
Quito–Ecuador**

## ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Director	Dr. Cesar Alarcón Costta
Subdirectora	Dra. América Ibarra Parra
Secretario	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
Prosecretaria	Ac. Ingrid Diaz Patiño
Tesorero	Dr. Claudio Creamer Guillén
Bibliotecario archivero	Lcdo. Carlos Miranda Torres
Jefe de Publicaciones (e)	Dr. José Echeverría-Almeida
Relacionador Institucional	Dr. Eduardo Muñoz Borrero

### COMITÉ EDITORIAL

Dr. José Echeverría Almeida	Presidente
Dr. Jorge Ortiz Miranda	
Dra. Rocio Rosero Jácome	
Dra. Libertad Regalado Espinoza	
MSc. Bayardo Ulloa Enríquez	
Dr. Wilson Gutiérrez Marín	(alternó)
Dr. Álvaro Mejía Salazar	(alternó)
Dr. Sebastián Donoso Bustamante	

### EDITOR

Dr. José Echeverría-Almeida	Universidad Técnica del Norte
-----------------------------	-------------------------------

### COMITÉ CIENTÍFICO

Dra. Katarzyna Dembicz	Universidad de Varsovia-Polonia
Dr. Silvano Benito Moya	Universidad Nacional de Córdoba/CONICET- Argentina
Dra. Elissa Rashkin	Universidad Veracruzana-México
Dr. Stefan Rinke	Instituto de estudios latinoamericanos/ Freie Universität Berlin-Alemania
Dr. Carlos Riojas	Universidad de Guadalajara-México
Dra. Cristina Retta Sivoiella	Instituto Cervantes, Berlin- Alemania
Dr. Claudio Tapia Figueroa	Universidad Técnica Federico Santa María - Chile
Dra. Emmanuelle Sinardet	Université Paris Ouest - Francia
Dr. Roberto Pineda Camacho	Universidad de los Andes-Colombia
Dra. María Leticia Corréa	Universidade do Estado do Rio de Janeiro-Brasil
Dr. Roger Pita Pico	Investigador Academia Colombiana de Historia-Colombia
Dr. Justo Cuño Bonito	Universidad Pablo de Olavide-España
Dr. Héctor Grenni Montiel	Universidad Don Bosco- San Salvador
Dr. Pablo Solórzano Marchant	Universidad Católica Silva Henríquez - Chile
Dr. Tomás Caballero Truyol	Universidad del Atlántico - Colombia
Dr. Julio César Fernández	Universidad Nacional Pedro R. Gallo - Perú
Dra. Laura Falceri	Universidad Politécnica Salesiana - Ecuador
Dr. Jairo Bermúdez Castillo	Universidad Sergio Arboleda - Colombia
Dr. Renato Ferreira Machado	Facultad Salesiana de Porto Alegre - Brasil
Dr. Saúl Uribe Taborda	Universidad Politécnica Salesiana - Ecuador
Dr. Juan Cordero Ñiguez	Academia Nacional de Historia - Ecuador
Dra. Olga Zalamea Patiño	Universidad de Cuenca

BOLETÍN de la A.N.H.

Vol. CIII

Nº 213

Enero-junio 2025

© Academia Nacional de Historia del Ecuador

ISSN Nº 1390-079X

eISSN Nº 2773-7381

**Portada:** Una inka real cuida a una persona con cifosis.

Dibujo de Felipe Guamán Poma de Ayala en *Historia del Piru*.

**Diseño e impresión**

PPL Impresores 2529762 Quito

landazurifredi@gmail.com

Noviembre 2025

Esta edición es auspiciada por el **Ministerio de Educación, Deporte y Cultura**

Libro de distribución gratuita

## ÉTICA, EDUCACIÓN SUPERIOR Y SOCIEDAD UNA MIRADA DESDE LO GLOCAL

EN SU DESIGNACIÓN COMO MIEMBRO DE HONOR DE LA ANH

Rosalía Arteaga Serrano<sup>1</sup>

La evidencia de que vivimos en un mundo global, pese a que hay movimientos que pretenden desconocer la globalización, es tan contundente e impactante, que es difícil rebatirla, para ello podemos apelar a pruebas que parten desde los avances conseguidos por la ciencia, la tecnología, la innovación, que hacen posible el que un artefacto o innovación producido en un lugar del planeta sea conocido hasta en los más remotos lugares; la pandemia del Coronavirus o Covid-19, es suficiente para demostrar las posibilidades tanto de extensión vertiginosa del virus como la evidencia de que las vacunas desarrolladas en diferentes lugares del planeta, pueden ser distribuidas también de manera muy rápida, como en efecto lo fueron. El celular que se fabrica, en su última versión, la película que se filma en los estudios de Hollywood o de Bollywood, se distribuyen de forma paralela a los estrenos, la tecnología 3D o 5G, de igual manera se expanden con una velocidad increíble, en los diversos lugares del globo.

En otro ámbito, el de la comunicación, luego de la colocación en el espacio del satélite de comunicaciones “el pájaro madrugador”, las noticias vuelan, disfrutamos del partido de fútbol o de los encuentros de cualquier tipo, en tiempo simultáneo, igual que nos afectan la transmisión de las guerras, de los desastres naturales.

Y si de la economía se trata, el impacto de una quiebra o de un desastre económico se sentirán en cualquier otro lugar del planeta por la interrelación de las economías. Baste para ello mencionar lo que ocurrió con la burbuja inmobiliaria que afectó a la economía norteamericana por los años 2006, 2007, 2008, un bajón sin precedentes que se sintió como un remezón enorme en el gran país del norte; al comienzo parecía un tema ligado solo a los asuntos internos de los

Estados Unidos, pero pronto la así denominada “infección”, se extendió hacia Europa con consecuencias tremendas en economías como la española, la griega, la irlandesa. Con repercusiones también en las economías de los países latinoamericanos y de otras partes del mundo, por causas tales como la interconexión de las economías y el monto de las remesas que los migrantes envían a sus respectivos hogares en los diferentes países en vías de desarrollo.

Cuando hablamos de las implicaciones ambientales, sabemos de manera realista que la tierra, a semejanza de un barco, cuyo destino es inseparable, es un todo, lo que pone de manifiesto que, si hay una afectación en un territorio determinado, los impactos pueden sentirse en otro totalmente alejado desde el punto de vista geográfico, pero que indudablemente forma un conjunto interconectado y dependiente, es parte del planeta.

Podríamos abundar en ejemplos, pero es suficiente recordar lo que ocurre en nuestros territorios ecuatorianos y de otros países andinos, cuando el avance de la minería ilegal provoca catástrofes ambientales y sociales por el uso del mercurio, que contamina los cursos de agua que nacen en los Andes, luego son transportados por las aguas al desembocar en otros, hasta llegar finalmente al Amazonas, que vierte sus aguas en el Atlántico. Este mar, como lo conocemos todos, baña las costas de Europa y de los Estados Unidos de Norteamérica, con la consiguiente alarma para la EPA, (Environmental Protection Agency) Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos, lo que hace que un problema producido en la región Amazónica cause un impacto en otros países.

Por poner un segundo ejemplo podemos citar los antiguos experimentos con energía nuclear realizados por Francia en el Atolón de Mururoa, en la Polinesia Francesa, con efectos graves en madres gestantes en localidades tan lejanas como la Península de Santa Elena en el Ecuador. Éstas y múltiples otras consideraciones, pueden constituir pruebas suficientes para afirmar la presencia de la globalización.

Por otro lado, en el mundo en el que nos encontramos, con tantos contrastes y desbalances, se hace necesario reafirmar el sentimiento de identidad, que nos da fuerza y sentido como personas y como pueblos, es este el tema que debe abordarse desde el concepto

de lo local, de lo que nos identifica como pueblos, los usos y costumbres, la religión, la gastronomía, es decir todo lo que tiene que ver con los patrones culturales de una determinada región de la tierra.

Lo local es nuestra esencia, principios identitarios que tanto hacen por los sentimientos de pertenencia de las personas y de los pueblos, que tienen que ver con ese “sentirse bien” con ellos mismos y con el sector y país al que se pertenecen. Claro que ese sentimiento exacerbado puede llevar a chauvinismos, a nacionalismos, a extremismos, a la pretensión de imponer lo nuestro sobre los otros, a las guerras de religión, a los afanes que tratan de demostrar la superioridad de unas razas y costumbres sobre otros, a la deleznable xenofobia que tantos males ha causado a lo largo de la historia de la humanidad y que, por desgracia, todavía sigue ocasionando.

Parcería que lo global y lo local están en permanente pugna, que son términos irreconciliables, y así sucede en determinados momentos, pero considero necesario y pertinente el unirlos en una especie de neologismo que ha sido ya usado desde hace algunas décadas y que tiene que ver con la realidad en la que vivimos, pero también con la necesidad de crear nuevos conceptos, nuevos enfoques que nos ayuden a darle un sentido a la vida en el planeta, y en ello nos ayuda el concepto de lo GLOCAL, como una forma de concebir al planeta, aprovechando lo que de maravilloso tiene el mundo global, con la oportunidad de aportar soluciones, como lo que enfrentamos hace poco frente a una pandemia que depende en mucho en sus soluciones de lo que la ciencia, los equipos multidisciplinares ubicados en sitios diversos del globo pueda aportar, pero que también debe respetar las identidades locales, la diversidad que nos enriquece como raza humana; por ello, baste decir que, si queremos mantener la cordura en las relaciones interpersonales y también entre los diversos países en el mundo, deberíamos insistir en la óptica glocal, como aquella que hace uso de los instrumentos, los avances de la ciencia y la tecnología, los cálculos financieros y hasta del concepto de la aldea global, tal y como lo manifestara el sociólogo canadiense Marshall McLuhan (2001), o también el padre de la sociología francesa Alain Touraine (1975), cuando se refería a la antigüedad de lo que denominaba, la mundialización. Recuerdo una charla suya a la que asistí en

un evento en Sevilla y las largas conversaciones que sostuvimos, cuando mencionaba que el reino británico liderado por la Reina Victoria era ya una prueba de la mundialización.

Sin embargo, no debemos perder la perspectiva de lo local, entendida ésta como el conjunto de rasgos identitarios de una sociedad que abarca desde la cultura, la gastronomía, lo étnico y va hasta lo religioso. Si en este mundo se plantea el respeto a las identidades, sin caer en chauvinismos ni exageraciones, sabiéndose que los derechos de los unos van hasta donde empiezan los de los otros, podemos esbozar algunas ideas con relación al título de este ensayo, es decir cómo podemos hacer planteamientos éticos en este mundo plagado de incertidumbres, con la omnipresencia de las redes sociales, con el avance vertiginoso de la ciencia, con la proliferación de los antivalores, con las confusiones que se extienden por todos los puntos del planeta.

Frente a esto, puedo aventurar que los viejos planteamientos del derecho natural, que están basados en la razón humana (Gutiérrez, 2007), de acuerdo a las clases impartidas por el profesor Pedro Córdova (1974-1976), que con tanto entusiasmo nos hablaba sobre estos conceptos en las aulas universitarias, y que sabemos que sirven como piedras angulares a las grandes religiones, como los principios que constan en sus textos sagrados, no han pasado de moda y deberían volver a actualizarse para ayudar a conseguir el norte de sociedades complejas y en permanente riesgo como las actuales. Aquello de *Honeste Vivere, Alterum Nom Laedere, Suum Cuique Tribuere*, las frases latinas para expresar el vivir honestamente, no dañar a otro, dar a cada uno lo que le corresponde, suenan bien, aunque las interpretaciones quedan siempre al libre albedrío de quien las aplica. Así, no hacer daño, respetar la vida de los otros, el derecho a la libertad, al pensamiento, al disenso, aparecen también como antecedentes de lo que ahora apreciamos como los Derechos Humanos, y que hacen parte de lo que consideramos una convivencia armónica y pacífica.

Esos derechos humanos que tienen su origen en los planteamientos que trajo a colación la Revolución Francesa, bajo los principios de libertad, igualdad y fraternidad (*liberté, égalité, fraternité*) (Bourgeon, 2001), que luego fueron trabajados después de las

dos conflagraciones mundiales, bajo el impulso de una extraordinaria mujer Eleanor Roosevelt (1960), quien primero presionó al gobierno de los Estados Unidos para unirse a la Organización de las Naciones Unidas, y luego, en calidad de delegada de su país, se transformó en la primera presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, siendo la impulsora fundamental de la redacción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Esos derechos aparecen ya expresados en los cuatro principios que comprenden la libertad de expresión, la libertad religiosa, la libertad de desear una vida mejor y la libertad de vivir sin miedo, recogidos en el “Discurso de las cuatro libertades” del presidente Franklin Delano Roosevelt (1941).

Derechos humanos que ahora se consideran también como de primera, segunda, tercera y hasta cuarta generación, es decir los derechos civiles y políticos, los económicos sociales y culturales, los que hablan de justicia, paz y solidaridad, hasta dar cabida a la generación tecnológica.

En los grupos indígenas latinoamericanos y particularmente en la cultura quechua o quichua, como se prefiera, la que comprendió al poderoso imperio Inca que surgió en el altiplano Perú-Boliviano, según la leyenda en el mítico lago Titicaca, lago que todavía ahora mantiene su condición de binacional, Imperio que tuvo una expansión conquistadora mucho más allá, en lo que se denominó el imperio del Tahuantinsuyo, es decir extendido hacia todos los puntos cardinales, en los territorios de lo que actualmente es el Ecuador, una parte de Colombia, de Chile y Argentina, además de los mencionados Perú y Bolivia, se plasman algunos principios consagrados también en fórmulas que se ejemplifican en: “Ama Killa, Ama Llulla, Ama Shwa”, que se traducen al español como: no ser ocioso, no mentir, no robar, que de alguna forma, en la cosmovisión de los pueblos indígenas, también se hacen presentes para conseguir una vida más armónica para la comunidad y para sus integrantes (Rojas, 2012).

Ahora bien, ¿cuánto del derecho natural se practica en el mundo actual? ¿Son los derechos positivos, escritos, un reflejo de aquellos? ¿Son los diez mandamientos de la ley Mosaica, que luego se replican en las religiones cristianas, parte de esa ley natu-

ral?, ¿cómo lo son también los del Corán? (Alí, 2010), ¿los pensamientos de Akenatón? (Cabanas, 2006), ¿los de Gautama Buda? (Armstrong, 2001), ¿o los de otros líderes religiosos de trascendencia universal? El derecho natural se sustenta en una moral, en una ética, en unos valores que pueden y deben ser universalmente respetados (Dworkin, 1999) y hacia allá queremos encaminar estas reflexiones.

El planeta se vuelve más pequeño conforme avanzan las comunicaciones, las distancias se acortan por la existencia de medios y artilugios de viaje que nos colocan en la posibilidad de desplazarnos más rápidamente de lo que habíamos imaginado. El mundo cuenta con más habitantes que en ninguna otra época de su historia, con la preocupación de que la vieja fórmula malthusiana resucite y se haga presente, así como también las tremendas desigualdades y asimetrías persisten (Malthus, 1798). El temor de que los elementos de vida se agoten, sobre todo el agua, las tierras cultivables, vuelve más precaria la situación de una serie de pueblos, y la evidencia del cambio climático hace que sintamos la necesidad de construir relaciones sociales y un uso de los recursos más acordes con un clima de austeridad, de ponderación y de sentido común, que evite el agotamiento de esos recursos que son indispensables para la vida de los seres humanos.

La condición íslica en medio de la inmensidad de la galaxia y del espacio, aquella a la que nos remite el pensamiento del geógrafo estadounidense Jared Diamond (2005) en su conocida obra *Collapse*, es asimilable a lo que ocurrió con culturas extinguidas como la que pobló la isla de Pascua, aislada de todo, sin capacidad de proveerse de recursos indispensables como el agua y los alimentos, luego de gastarse todas las existencias, tal vez por el afán de construir sus famosos Moái, estatuas monolíticas, para agradar a sus dioses o mostrar su poder. Somos susceptibles y proclives a la extinción si no manejamos de manera razonable y ética los recursos, si no optamos por prácticas que nos lleven a la previsión, al análisis de estrategias, a la visión de futuro que condicione los argumentos y las formas de actuar. Para ello es necesario pensar en respuestas que respeten los comportamientos locales, las tradiciones, las culturas, pero que no dejen de considerar las variables globales, como el símil de la embarcación en la que nos desplazamos que no puede ser tratada como pie-

zas que se ensamblan o por partes y que pueden separarse al arbitrio de quienes nos dirigen, porque el fracaso de un sector o de una pieza, haría naufragar a la embarcación entera. No hay posibilidad de éxito si no actuamos en conjunto, de ahí la necesidad del enfoque glocal en el que nos hemos empeñado.

Hay quienes piensan que la ciencia está reñida con la ética, porque le interesan solo los resultados, porque aparece como apartada de las emociones y los sentimientos; pero si consideramos a la ciencia como un instrumento que puede ser usado para bien, tendremos que ver al futuro con mayor optimismo, con la evidencia de que la calidad de vida ha mejorado, de que las expectativas de vida se incrementan considerablemente, y de que podremos hacer un uso racional de los recursos sin que se deje de considerar esa visión de futuro de la que hablábamos para garantizar la vida de las generaciones que vienen.

Los objetos que creamos los seres humanos, más o menos complejos, son instrumentos que pueden usarse al arbitrio de quien los crea o los utiliza, así, volviendo a un viejo ejemplo que lo he citado con frecuencia, el arma homicida que según la tradición bíblica usa Caín para matar a su hermano Abel, no tiene nada de sofisticada, es una quijada de burro, parte de la anatomía de un animal, que le sirve para masticar sus alimentos, pero que, en manos de un homicida, se transforma en un arma letal. Lo propio podríamos decir respecto de lo que muchos consideran es un arma blanca, me refiero a un cuchillo, sin embargo, ese cuchillo puede servir bien como elemento de cocina para cortar un buen bife o un pedazo de queso o de pan, y ese mismo instrumento, que mantiene su esencia a pesar de que adopta otras formas, será el bisturí que en manos de un hábil cirujano será un instrumento de sanación, así como también en manos de un criminal puede ser un arma que cause la muerte.

La ciencia, el derecho, la democracia, la convivencia, son construcciones, son constructos humanos, son parte del proceso de socialización, de humanización. Sin ellos, volvemos a la ley de la selva, a la vigencia de los más fuertes, claro está que hay quienes dicen que esa ley de la selva es la que rige todavía cuando analizamos el poder de los grandes grupos económicos, de las multinacionales, de los señores de la guerra y de los dueños de las armas.

La prospectiva, la que diseña espacios por venir, de futuro, basada en el modelamiento que tiene mucho que ver con las fórmulas matemáticas y las ciencias llamadas exactas, debe combinarse con las variables del accionar de las personas, para arrojar resultados que sean creíbles y posibles, sin los cuales no concebimos la presencia de la vida en la tierra.

El cruce de variables como las que presentan la ciencia, la ética, dentro del contexto humano son tan necesarias como difíciles de conseguir. Guardo desde hace mucho tiempo una pregunta que se la dejo planteada a ustedes, para tratar y dilucidar entre los espacios que marcan la ciencia y la ética o la ciencia y la conciencia si, cómo en mi caso, nos gusta jugar con las palabras, con sus consonancias. Esta pregunta es: ¿puede la ciencia más que la conciencia? ¿Es la conciencia la que dicta el trabajo de la ciencia?

Por ello, cuando se trata de pensar en las soluciones para enfrentar amenazas tan reales como las del cambio climático, tal vez haya que depositar más esperanzas en lo que la ciencia pueda conseguir que en la conciencia de los habitantes del globo terráqueo. Claro que me gustaría concluir que el ideal es que ciencia y conciencia marchen de la mano, vayan juntas, se apoyen la una en la otra; así, todos podremos dormir más tranquilos, con la mira puesta en un futuro más esperanzador y posible.

En meses anteriores he estado fascinada por una lectura apasionante que considero pertinente citarla aquí, se trata del libro "La invención de la naturaleza" de la germano-británica nacida en Nueva Delhi, Andrea Wulf (2016), quien recrea para nosotros el legado de una mente prodigiosa, de una versatilidad y visión extraordinarias, me refiero al naturalista Alexander Von Humboldt, quien recorre los paisajes y las geografías, dueño de una vitalidad inigualable, se adelanta a enfrentar los temas que ahora nos convocan y que tienen que ver con la interrelación de todos los seres de la naturaleza para proporcionar explicaciones que son de gran actualidad como su visión profética de lo que entendemos ahora como cambio climático y la afectación de la naturaleza por la acción antrópica.

Me intriga pensar en lo que pensaría Humboldt sobre el avance de enfermedades como el dengue, fruto de la picadura del

mosquito *Aedes Aegypti* o *Aedes Albopictus*, que ahora atemorizan a la población y a los visitantes de su amado París y de otras ciudades europeas, en las que, por el avance de las temperaturas causadas por el cambio climático, se han adaptado mosquitos que no solamente transmiten el dengue, sino también la chikunguña, u otras especies, como el *Anopheles hembra*, que transmiten la temida malaria, enfermedades que ya parecían erradicadas de diversas partes del globo pero que ahora vuelven a atacar con virulencia gracias al calentamiento del planeta y otras razones coadyuvantes. Seguramente el gran Humboldt habría concluido que sus tesis respecto a la conexión e interacción de todas las especies era absolutamente cierta, así como su preocupación por la deforestación y la modificación del clima.

Los estudios de Humboldt sirven de inspiración y de mapa-guía a personajes con los que nos hemos familiarizado como Darwin, Thoreau, Muir, Perkins Marsh, de Ernst Haeckel, pero también tocó las vidas de Simón Bolívar, de Jefferson; interactuó y se nutrieron mutuamente con gigantes como Goethe.

Humboldt se convierte en el primer Americanista, amante y panegírico de nuestro continente, con el centro marcado por su visita y escalada al Chimborazo, que dará lugar a la creación y explicación de su *Naturgermälde* como una especie de telón de fondo para la comprensión de la naturaleza y su relación con el ser humano.

La existencia de las universidades, de tan larga data, como centros de pensamiento pero también de vinculación con las sociedades, se justifica no solo por la formación y creación de los especialistas, sino por la especial visión de la que deben estar dotados quienes pasan por sus claustros, de manera real o figurada, puesto que ese pasaje puede realizarse de manera virtual, tan mandatoria en los tiempos en que vivimos, signados por la pandemia, pero también por las distancias, el abarrotamiento en las aulas físicas, los temas de seguridad en los desplazamientos, así como por las necesidades de interrelación entre quienes están distantes y forman equipos multidisciplinarios para el análisis y la solución de los problemas.

Hace ya algunas décadas el ministro del trabajo de la primera administración Clinton, Robert B. Reich (1993), en su libro "El trabajo de las Naciones" (*The Work of the Nations*), hablaba de la clasifica-

ción de los trabajadores: rutinarios, de servicios y los que denominaba analistas simbólicos, y estimaba que el futuro de las naciones estaría en manos de estos últimos, capaces de solucionar los problemas, de enfrentar los retos que el futuro nos depara.

Establece que los trabajadores rutinarios son aquellos que realizan las actividades de manera mecánica, pueden ser fácilmente reemplazables, y nosotros añadiríamos más ahora, en una época en la que la Inteligencia Artificial perturba las hipótesis sobre el futuro de la humanidad.

Los trabajadores de servicios son quienes se encargan de darle ese rostro humano a esas actividades rutinarias y seguramente son quienes van a perdurar en un mundo robotizado y deshumanizado.

¿Están las universidades en la capacidad de formar a estos Analistas Simbólicos? Esa es una gran pregunta, que tiene que ver con el desarrollo de competencias, de habilidades que rebasen la típica repetición de saberes, sobre todo en países como los de Latinoamérica y específicamente en el Ecuador.

Pero debemos ir un paso más allá y abordar precisamente un tema que tiene que ver con el campo de la ética, o más bien los campos de la ética en las diversas manifestaciones e interrelaciones humanas; para ello cabe preguntarse si estamos viviendo un mundo en el que la ética, la enseñanza de los valores, la moral, tienen cabida, cuando vemos el imperio no solo de lo inmoral, es decir las acciones negativas que van en contra de lo moral, sino de lo amoral, entendiéndose por tal la carencia de toda percepción de lo que es lo bueno y lo que es malo, lo que nos puede conducir a un mundo sin principios, sin valores, con la vigencia e imperio de los más rapaces, de quienes no tienen los límites que la moral impone y para quienes da igual tanto lo uno como lo otro.

Si estas formas de ver y concebir el mundo se instilan en los niños y en los jóvenes, perderemos la batalla, como lo que está ocurriendo en estos días con el ataque del crimen organizado en contra de todo un continente, el Latinoamericano, espacio comprendido entre México y Tierra de Fuego, cuando los carteles, las bandas, los gangs y mafias se apoderan de todos los espacios imaginables: los poderes del estado, las fuerzas del orden y, por supuesto de las es-

cuelas, los colegios, las universidades, imponiendo la ley del más fuerte, de las armas, de la conculcación de los derechos de los otros, pervirtiendo a la sociedad desde los cimientos hasta la cúpula.

¿Qué hace la universidad, como actúa, reacciona y sobre todo previene estas situaciones?, ¿Cuál es su rol y su papel? ¿Cómo formar a las nuevas generaciones? ¿Cómo continuar con un rol protagónico en un mundo tan cambiante y a veces tan trastrocado?

Sabemos que la formación de los formadores está en manos de las universidades, que se deben a las sociedades en las que están enclavadas. Los valores que se transmiten en la escuela y en la casa, que constituyen un binomio inseparable, deben ser reforzados en las universidades. Ese papel formador no debe ni puede evadirse, so pena de perder a la sociedad.

Las universidades no son ni objetivas ni asépticas, están en medio de un entorno al que se pertenecen, por ello se debe hablar más de valores, se debe recurrir a estrategias que nos son vitales e indispensables para ir modelando a los ciudadanos del futuro, y no es admisible que se mire siempre hacia atrás, hacia los primeros estadios de la educación, y se piense que los otros sectores y niveles de la sociedad son los responsables y que hablar de ética y de valores ya no es un compromiso de la universidad.

Todo lo contrario, es un compromiso ineludible. Quienes fungen como autoridades universitarias y como profesores, saben que tienen en sus manos un deber que no puede soslayarse y que va más allá del suministro de instrumentos de conocimiento, aún a nivel de mediación con el concurso de las máquinas, de las tecnologías, de la Inteligencia Artificial, porque no vivimos en un mundo de robots.

Vivimos en un mundo en el que los seres humanos quieren expresar sus sentimientos, sus emociones, sus percepciones, y a ellas hay que cargarlas de valores, como el software que se carga en los computadores, como la vacuna que se incula en su flujo sanguíneo, así debemos transmitir los valores, lo que nos da el sentido de humanidad y de no prescindencia, que tan necesarios nos son ahora en que muchos trabajos y sobre todo trabajadores pueden ser reemplazados por las máquinas.

¿Pueden los trabajadores ser reemplazados por robots? Desde luego que sí y con la ventaja de que no reclaman derechos a sus patrones, de que no se cansan ni exigen breaks, de que no son afectados por el clima de trabajo, y así podríamos seguir con un largo etcétera.

Los trabajadores rutinarios si pueden ser reemplazados por robots, y también muchos de quienes pertenecen a otras profesiones que ya van siendo invadidas y colonizadas por la Inteligencia Artificial que tiene la capacidad de alimentarse a sí misma, de reformarse, de adecuarse a las necesidades del mundo laboral e inclusive del lúdico y de esparcimiento.

¿Pueden los maestros ser reemplazados por los avances de la inteligencia artificial? Desde luego que sí. Acabo de regresar de un viaje a la China en donde tuve la posibilidad de interactuar con emprendedores y desarrolladores de plataformas de inteligencia artificial, específicamente dedicadas para la educación y por ello podemos hacer esta aseveración.

Pude comprobar que es la propia IA la que desarrolla programas de estudio específicamente determinados para las diversas edades, puede dictar las clases, puede evaluar, puede decidir hasta dónde van los niños de determinadas edades e, inclusive, puede interactuar con los padres de familia.

¿Suena extraño? ¿Suena raro e impracticable? La respuesta es que ya se está aplicando con niños desde los 8 años de edad y funciona, y hace que la educación sea más inclusiva porque detecta rápidamente los vacíos y las deficiencias de aprendizaje y puede personalizar hasta casi el infinito las experiencias de cada estudiante, también puede homogenizar si esa es la meta, inclusive impidiendo que los niños vayan más allá de lo permitido, reemplazando el control parental, que hasta hace poco nos parecía insustituible.

El panorama que describo puede bien aplicarse a otras áreas del conocimiento y del ejercicio profesional. Así, el Dr. Watson, médico virtual puede dar diagnósticos y prescribir medicinas. El Dr. Watson, abogado virtual que creó IBM puede ser el asesor de quienes consultan sus litigios y peticiones y pueden asesorar con perfecto conocimiento de códigos, ordenanzas, normativa legal, a quienes requieren de sus servicios.

Los ancianos y personas con dolencias que les recluyen en sus casas tienen ya la compañía que les puede proveer una Alexa, que alivia sus soledades, aparatito que se puede conseguir con un billete menor a los cincuenta dólares y que ya se encuentra en muchos hogares de nuestro medio, para recordar a las personas a qué hora deben tomar sus medicinas, les provee de la música que quieren al solo comando de la voz y se vuelven indispensables en determinados entornos.

No vamos a mencionar todo el cúmulo de profesiones que corren riesgo de desaparecer y que ya han empezado a experimentar la “competencia” de las máquinas, si no, preguntémosles a los traductores, a los camarógrafos, a las secretarias, a los elaboradores de guiones, cómo se presenta el mercado laboral, especialmente en los países en los que el desarrollo, el alcance y la disponibilidad de los elementos tecnológicos es más avanzado y generalizado.

Sin duda lo que vemos que ocurre en el mundo desarrollado, rápidamente llegará a todos los confines de este mundo global y global.

Y allí es cuando viene el papel preponderante de las universidades en la formación de estos analistas simbólicos, en los solucionadores de problemas, en quienes tienen en sus manos la capacidad de dirigir a las máquinas sin perder su humanidad.

Por supuesto que las nuevas realidades van a demandar nuevos profesionales en una serie de trabajos y profesiones que ni siquiera existen todavía y que aún no somos capaces de imaginar.

En algunos países y sobre todo por parte de algunos especialistas en análisis de futuros, ya se han empezado a hacer listas de posibles profesiones en un futuro muy corto, que generalmente se quedan rezagadas frente al avance de la cambiante realidad. Por ello no nos sorprende cuando en esas listas de profesiones y ocupaciones de futuro vemos menciones a carreras como: científicos de datos, especialistas en ciberseguridad, pilotos de drones, expertos en blog chain y big data, especialistas en sostenibilidad ambiental, expertos en construcciones sostenibles, expertos en transformación de la basura, creadores de órganos....

Todo ello nos habla de una realidad cambiante, que se tiene que adaptar y moldear a las nuevas realidades, sin dejar de lado los componentes éticos que harán que las sociedades se mantengan y que garanticemos la sustentabilidad de la vida humana en un planeta tan amenazado.

Decía Ernesto Sábato (2002), el gran escritor y científico argentino, que abandonó los caminos de la ciencia para dedicarse por entero a la literatura, en uno de sus últimos libros "La Resistencia" que "únicamente los valores del espíritu nos pueden salvar de este terremoto que amenaza la condición humana" (pág.131) y no podemos menos que coincidir con él, y relievamos que encontramos en las páginas de ese maravilloso y retador librito, como una especie de deontología para estructurar el deber ser de las universidades del siglo XXI, si no queremos que se sumerjan y hasta desaparezcan o pierdan en medio del torbellino de los tiempos actuales y de los que vendrán.

Esa condición de universalidad y de contemporaneidad permanente de las universidades constituyen un reto enorme a la hora de definir la necesidad que tienen de marcar el paso, de fijar derroteros al interior de los países y en el contexto mundial, de tal manera que es necesario un constante repensar en su fin, en su deber ser para que sean ese norte que orienta, que da oportunidades, que provee de instrumentos, que proporciona certezas, pero que fomenta la creatividad y que aparece como creadora y canalizadora y catalizadora de inquietudes y de preguntas.

Es en este sentido que vuelvo al inicio de este escrito, a la necesidad de aportar con una mirada glocal a una visión de universidad y de sociedad, algo que parece complejo y hasta utópico, pero que, si miramos con cuidado en nuestro derredor, seguramente vamos a encontrar múltiples ejemplos de cómo proceder, de qué hacer, de cuáles son los parámetros a seguir.

En estas palabras finales, quiero llamar su atención hacia un ejemplo común, interesante pero no único, en relación con la presencia en nuestra sociedad, de comunidades que se esmeran en mantener su identidad, sin renunciar ni sacrificar su espíritu emprendedor, andariego, de utilización de nuevas tecnologías. Me refiero en este ejemplo

al caso de la comunidad otavaleña, grupo indígena de origen quichua, ubicado territorialmente al norte del Ecuador, en la provincia de Imbabura, cuyos integrantes, músicos, hábiles creadores de textiles, se han posicionado en los diferentes espacios a los que les conduce su actividad de industriales comerciantes, manteniendo su identidad, la que les proporciona su vestimenta, su peinado... y aprovechando al mismo tiempo los instrumentos que les da la modernidad.

Así, no es nada raro el encontrar otavaleños, y lo puedo testimoniar personalmente, dada mi condición de impenitente viajera, en los más diversos lugares del planeta, los he visto en Viña del Mar, en California o en Washington, en los confines de Marruecos, en los territorios de Rusia, y seguramente los veremos en cualquier lugar que podamos imaginar, siempre impecables, con sus largos ponchos azules o grises, pantalones blancos hasta la pantorrilla, y una larga trenza en la espalda y a veces alpargatas o, últimamente, zapatos deportivos. Las mujeres suelen vestir con faldas largas tejidas, generalmente negras, blusas blancas bordadas con diversos colores, así como chalets y collares rojos o dorados.

No pierden su identidad, su sentido de lo local, pero viajan en aviones, utilizan laptops en su trabajo, celulares de última generación.

Podríamos decir que los otavaleños son un símbolo de lo que la percepción de lo glocal puede conseguir: son permeables a los cambios en lo que de positivo tienen, actualmente conozco que se gesta una organización de jóvenes científicos indígenas, para utilizar los avances de la ciencia en beneficio de su pueblo, pero no vacilan en demostrar que su cultura sigue siendo importante para ellos.

Lo glocal es una aproximación de dimensión humana, permite mantener las especificidades y las diferencias sin que estas constituyan obstáculos para ser parte de esa globalidad y de esos avances que como individuos de la raza humana tenemos.

Lo glocal puede ayudarnos a mantener la dimensión humana, a converger en la búsqueda de soluciones comunes, con atención a las particularidades, puede dar a la universidad esa nueva dimensión ética, como elemento fundamental de las sociedades.